

José Luis Olaizola



Juan Sebastián Elcano

La mayor travesía de la historia

Biblioteca José Luis Olaizola

Biblioteca
Online 

Juan Sebastián Elcano

La mayor travesía de la historia

José Luis Olaizola

Juan Sebastián Elcano
La mayor travesía de la historia



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Juan Sebastián Elcano
La mayor travesía de la historia
© José Luis Olaizola, 2002
© BibliotecaOnline SL, 2018
Castillo de Funesaldaña 4
28232 Las Rozas Madrid
(España)

Primera edición: Mayo de 2018
ISBN: 978-84-15998-95-2
Diseño de cubierta: BibliotecaOnline SL
Composición: BibliotecaOnline SL
Impresión y encuadernación: Amazon
Impreso en España-*Printed in Spain*

Contenido

Capítulo I:	
El memorándum de Valladolid	9
Capítulo II:	
Zubileta, natural de Zumaia	17
Capítulo III:	
Don Domingo Elcano. Presbítero	29
Capítulo IV:	
Juan Sebastián Elcano, maestre en Sevilla	36
Capítulo V:	
Sobre La Escuadra De Don Fernando de Magallanes y la primera parte del viaje	44
Capítulo VI:	
Rumbo a la Patagonia.....	57
Capítulo VII:	
El motín del puerto de San Julián.....	66
Capítulo VIII:	
La justicia del señor Magallanes	79
Capítulo IX:	
Amores y desamores de Juan Sebastián Elcano	89
Capítulo X:	
El estrecho de Magallanes.....	96
Capítulo XI:	
El océano Pacífico	105
Capítulo XII:	
La hazaña de la isla de los ladrones	113
Capítulo XIII:	
Las tragedias de Mactán y Cebú.....	124

Capítulo XIV:	
Las Molucas	139
Capítulo XV:	
La gran travesía	149
Epílogo.....	156
Apólogo.....	162
Bibliografía	165

*A Ana Mampaso,
artista e hija de artistas,
con todo mi cariño*

Capítulo I: El memorándum de Valladolid

Yo, Mateo Zubieta, de la parte de Baracaldo, en tierras de Vizcaya, pero criado en Zumaia, en mi condición de tripulante del señor don Fernando de Magallanes, que Dios tenga en su gloria, y posteriormente, cuando tan gran señor fue muerto, de don Juan Sebastián Elcano, también nombrado Del Cano, o sólo Juan Sebastián, declaro lo que sigue: que este Elcano era natural de Guetaria, maestre de navegar, y que cuando lo conocí en Sevilla andaba huido de la justicia por un empeño de dineros, del que salió mal parado.

Juntos hicimos la navegación más larga de la que hay noticia en la historia, que según los geógrafos no habrá nunca otra igual, tanto de dificultades y peligros, como de descubrimientos, y de sometimientos de muchos reyes y caciques a nuestro señor el Emperador, que Dios guarde por muchos años para bien de la cristiandad, y de tantas almas como andan por el mundo adelante entregadas a prácticas nefandas, pues de Cristo nada conocen y sus dioses les consienten lo que les conviene, sobre todo a los que son cabezas de aquellos reinos, ya digo, perdidos de la mano de Dios, pero no hasta el extremo de que en ellos no luzcan hermosuras que para nosotros las quisiéramos en Castilla; y otro tanto se puede decir de riquezas, bien de oro, plata, y especias, como el clavo, que aquí las tenemos en más que el oro, puesto que éste sólo sirve para acuñarlo, o para lucirlo en forma de joyas, mientras que el clavo y otras especias conservan los alimentos en su ser, al tiempo que les dan un gusto que apetece al paladar. Y por mucho que nos agrade el lucimiento exterior, en más tiene el hombre en llenar la andorga, bien lo sé por experiencia pues cuando andábamos en busca de las Molucas con el hambre enconada, por una rata, bicho de suyo repugnante, llegamos a pagar medio ducado en oro, lo cual no es admirar ya que hubo quien se comió los cueros que protegen el palo mayor, y quien hasta la madera hecha serrín, pues cuando el hambre aprieta ni la paz de los muertos se respeta, y no faltó quien tentara de servirse de los que eran idos de este mundo y su cuerpo ya de nada había de servirles, salvado el momento de la gloriosa resurrección; por eso el capitán general, señor Magallanes, advirtió que quien tal hiciera,

digo alimentarse de muertos, lo pagaría con la vida, pues el más desgraciado de los hombres tenía derecho a comparecer en el día del Juicio Universal ante el Supremo Hacedor con su cuerpo bien completo. Así discurría nuestro capitán general que mucho nos hizo padecer pues salvado el acierto que tuvo de encontrar el estrecho que comunica los dos grandes mares del orbe, en lo demás todos fueron malos modos y altanerías.

Este Magallanes, de nombre Fernando, caballero portugués, fue el primero que tentó de encontrar la ruta de las especias, no por el cabo de Buena Esperanza, como lo hacían los de su nación, sino por el sur del nuevo continente, y ya digo que acertó, pero si de él hubiera dependido no se hubiera dado la vuelta al mundo, pues su sola intención era hacerse con las especias y retornarse a España, pero Dios dispuso que muriera a manos de los indígenas en la isla de Mactán (que esto también lo hizo holgadamente, muriendo con gran honor) y cuando por fin le correspondió el mando de la escuadra, ya muy menguada, Juan Sebastián fue quien determinó: «Veamos si es cierto lo que dicen los sabios de que el orbe es redondo.» Y dispuso que nuestra nave, la *Victoria*, volviera, no por donde habíamos venido, sino por el cabo de Buena Esperanza, de ahí que hayamos sido los primeros en dar la vuelta al mundo y como premio Su Majestad Católica le haya ennoblecido con un escudo en el que luce un globo terráqueo, y a su rededor una leyenda trenzada que dice así: *Primus circumdedisti me*; y todos los que consumamos la hazaña nos sentimos honrados con él, pues Juan Sebastián, por su cuna, estaba muy por bajo de Magallanes, pero en el señorío de trato con los que éramos menos que él, se mostró muy superior, y muy generoso con los que le ayudamos a consumir la hazaña, compartiendo las ganancias que se lograron.

oo0oo

De los doscientos sesenta y cinco que salimos de Sanlúcar en septiembre del 1519, sólo regresamos, pasados tres años, dieciocho, y el recibimiento que nos hicieron no pudo ser mejor. El propio Emperador, que a la sazón se encontraba en Valladolid, cabeza del reino, nos recibió de seguido a fin de honrarnos por tan gran empresa, al tiempo que oír de nuestros labios el detalle de lo acontecido. Así lo hicimos y todo fueron parabienes y distinciones hasta que intervino el torticero Pigafetta, de quien conviene conocer lo siguiente:

Decía de sí mismo ser caballero de la Orden de Roda y que a España había venido de Italia, donde era nacido, en el séquito del nuncio de Su Santidad el papa Adriano VI, y con este título y la gracia que se daba para hacer escritos se enroló en nuestra escuadra, primero como sobresaliente, para pronto ganarse la confianza del señor Magallanes, como su criado, y a cuantos no teníamos título de nobleza, que éramos todos, nos miraba por encima del hombro.

Muerto como queda dicho Magallanes, su único quehacer era apuntar lo que sucedía en un diario, con no poca mentira y mayor fantasía, siempre cuidando del lucimiento de su persona, cuyo único mérito, como se verá, fue alcanzar a ser uno de los dieciocho que salió con vida del empeño, pero con el gran demérito de que así como los demás no nos hemos cansado de dar gracias a Dios por habernos puesto a las órdenes de tan buen capitán a quien debemos la vida, pues si hubiéramos topado con otro navegante menos diestro que Juan Sebastián yaceríamos todos a estas horas en el fondo del mar, el Pigafetta, por el contrario, para nada le nombra en su diario, como si no existiera, y al poco de desembarcar en Sanlúcar, valiéndose de artimañas consiguió una entrevista con Su Majestad Católica, pavoneándose con su famoso diario y en éstas estamos.

El muy ladino se ha atrevido a acusar a nuestro capitán Elcano de haber tenido que ver con la muerte de Magallanes o, a lo menos, haberla consentido para así hacerse con el mando de la escuadra, y mezclando las churras con las merinas, como se dice en Castilla, ha invocado una revuelta que tuvo lugar en el puerto de San Julián contra el capitán general, que ésa sí es cierta y en ella tomamos parte casi todos los castellanos, pero nada tiene que ver la dicha revuelta con la muerte de Magallanes, como se verá más por menor.

El caso es que nuestro capitán Elcano ha sido convocado a deponer ante el alcalde de Casa y Corte, excelentísimo señor Santiago Diez de Leguizano, de aquí a un mes, y me ha dicho a mí: «A ver si pones bien por escrito todo lo que sucedió, no vaya a ser que ese bastardo se salga con la suya.» Y yo me he atrevido a replicarle: «Si vuesa merced hubiera estado más avisado no nos veríamos en estos trances.» Él bien sabe lo que quería decirle, pues en más de una ocasión le advertí cuánto nos convenía deshacernos de él por enredador, cobarde, y quién sabe si bujarrón. No digo colgarle de una antena, que también se lo

merecía, pero sí al menos abandonarlo en alguna de tantas costas como tuvimos que fondear en nuestro camino de regreso. Pero el capitán, en lugar de hacerme caso, me reprendía:

—¡Zubileta, Zubileta, en el infierno has de acabar como si-gas discurriendo así!

Y hete aquí que ahora nos vemos precisados a defender-nos de las acusaciones de ese miserable, ya digo, de aquí a un mes, y como no sabemos del todo lo que el alcalde de Casa y Corte va a demandar a nuestro capitán, éste quiere que detalle bien por menudo todo lo acontecido, a lo que yo le he advertido que no tengo letras para tanto. A lo que él, a su vez, me ha replicado:

—Pero lengua y memoria te sobra, indino, o sea que apará-jate quien te ayude a hacerlo.

Y en esta misma ciudad de Valladolid nos hemos concerta-do con dos frailes benedictinos, muy letrados, que son quienes se ocupan de poner en escritura muy pulida, bien lo que les cuento, o las notas que escribo de mi puño y letra.

El mayor, fray Andrés, es el maestro, muy de Dios y sosegado en toda su persona, y el más joven es sólo novicio, más alborotado y travieso, y por su culpa a veces nos desviamos de lo que interesa para el juicio, pues no se conforma con lo que le cuento, sino que siempre quiere saber más. La intención de don Juan Sebastián es hacerlo a modo de memorial que repli-que a las falsedades del Pigafetta, muy ceñido a lo que vamos sabiendo que nos va a preguntar el señor Leguizano (lo vamos sabiendo porque dineros a Dios gracias no nos faltan y el al-guacil del señor alcalde de Casa y Corte nos va adelantando las preguntas a cambio de atenciones que tenemos con él, como es de rigor en estos casos), pero el novicio, de nombre Dionisio, se empeña en hurgar en todo lo sucedido, pues no se cansa de repetir que cuanto nos ha ocurrido es de no creer y que convie-ne que lo conozca el mundo entero. El maestro a veces lo mo-dera y otras no, pues dice: «Que los vascos siempre han mirado más a acometer hazañas por el mar, o con las armas, que luego a contarlas, y que así se conoce tan mal su historia.»

Y por eso consiente que nos salgamos de lo principal. Este fray Andrés también es vascongado, de la parte de Ordicia, lo cual agrada mucho a don Juan Sebastián quien, excepto de los portugueses, fía de todo el mundo, pero más de los de nues-

tra tierra. Yo soy nacido en Baracaldo, pero me hice hombre en Zumaia, población vecina de Guetaria, y eso me valió desde el principio con nuestro capitán, pues aunque procure disimularlo le parece que los de esa parte del mundo somos más que los demás, no digo de talentos, pero sí de honradez, y en eso anda equivocado pues yo he conocido vascos más ladrones que los de las almadrabas del sur, que traen fama de ser los más ladrones del mundo.

El caso es que nos reunimos en el monasterio que tiene la Orden en Valladolid, si luce el sol en el claustro, que es muy hermoso, y si no luce en un aposento, no menos hermoso, cabe a una chimenea en la que poner a arder unos sarmientos y cuando están bien prendidos colocan encima unos troncos de pino que aromatizan toda la estancia. A cuenta del frío que tengo pasado cuando atravesamos el estrecho de Magallanes (que eso sí es de justicia que lleve su nombre), no hay mayor regalo para mi persona que sentarme delante de un buen fuego y, para colmo de dichas, cuando me fatigo de tanto hablar, el maestro manda que traigan un licor que fabrican en el mismo monasterio, creo que con la flor del endrino, que primero te cosquillea los adentros con un calor muy agradable, para luego darte una gran lucidez de cabeza, siempre que no se abuse de él.

Fray Andrés, que después del prior es quien más manda en el monasterio, consiente que en aquellas partes del relato que suponen edificación estén presentes otros monjes del cenobio, para que aprendan del mundo y sus miserias. Sobre todo en domingo y fiestas de guardar, en las que los monjes, aun siendo la Orden muy severa, disponen de tiempos de recreo. Pero me advierte que cuando hay monjes delante, mayormente si son novicios, omita lo que atañe a trato con mujeres paganas y otras depravaciones que se dan en las gentes de la mar, por muy cristianas que se digan.

De esto no está muy enterado don Juan Sebastián, que anda en otros negocios urdiendo una nueva expedición a las Molucas y apenas viene por el monasterio, pero cuando lo hace y ve lo que llevamos escrito, siempre dice lo mismo:

—A lo que estamos, fray Andrés, que no es momento de contar hazañas y lucimientos, sino de replicar a la injusticia, sin otros adornos que los precisos.

Esto lo dice porque es hombre de pocas palabras, sobre todo cuando se expresa en castellano, que lo tiene muy corto. En euskaldán se encuentra más suelto y a nosotros se dirige en ese habla.

Entonces fray Andrés le razona lo dicho de que los vascos parece que no aciertan a contar su historia y don Juan Sebastián calla por el mucho respeto que le tiene, pues no sólo se ocupa del memorial, sino también de su alma que la trae trastocada ya que en su trato con mujeres no ha sido tan honrado como en los negocios del mar, y le remuerde la conciencia al extremo de que antes de embarcarse de nuevo quiere dejar relación escrita, que sirva de testamento sobre los hijos habidos con distintas mujeres, por lo menos dos, una de ellas moza virgen cuando la hubo, y la otra no tanto; también hay una tercera, que para mí fue la más enamorada, pero con ésta no alcanzó a tener trato carnal. En este menester le ayuda fray Andrés.

Fray Andrés le razona que hay que contar por extenso todo lo acontecido, no sólo por convencer al Emperador de las razones que nos asisten, sino para que los que nos sucedan pasados los siglos sepan cómo era el mundo en estos años de gracia del 1500. Esto lo tiene en mucho fray Andrés y nos muestra la biblioteca del monasterio, muy cumplida, en la que se contienen escritos en lenguas ignotas, que explican cómo vivían los griegos y los romanos, y que nosotros venimos obligados a hacer otro tanto. Y para mayor comprensión nos muestra los Evangelios y nos dice que si no hubieran sido puestos por escrito, ¿cómo sabríamos lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo?

Razón no le falta a su reverencia, y estando por medio Juan Sebastián Elcano más aún, pues si de él dependiera contaría la hazaña de esta manera:

Que un caballero portugués, de nombre Magallanes, acertó a discurrir, con ayuda de unos mapas que tenía guardados el rey de Portugal, que debía de haber un paso de un océano al otro, por el sur de las nuevas Indias. Que como a los portugueses no les interesaba descubrir este nuevo paso, pues ya lo tenían por el cabo de Buena Esperanza, no le hicieron caso, y Magallanes se vino a España donde fue muy bien recibido, por lo muy interesados que estábamos en encontrar una ruta de las especias distinta de la de los portugueses. A tal fin se armó una escuadra de cinco navios, al mando de Magallanes, y él se enroló como maestre, o segundo oficial, de una de ellas, por

razones que no hacen al caso (andaba huido de la justicia). Que con Magallanes no se entendieron los capitanes de las otras naos, por ser altanero y favorecer a los portugueses y a otros extranjeros embarcados con él (entre ellos el malvado Pigafetta), que llegaron a ser tantos o más que los castellanos. Pero que los problemas se acabaron cuando el capitán general, con mucho honor, pero con poca cabeza, se hizo matar por los indígenas de la isla de Mactán, sin que él tuviera nada que ver con esta muerte, como estaba dispuesto a jurar sobre los Sagrados Evangelios, o en lugar más sagrado, todavía, si era requerido para ello. Que nada hizo por tomar el mando de la escuadra, pero que cuando quedó sólo la nave *Victoria*, no le quedó otro remedio por ser el más avezado en la mar de los supervivientes, y que la ocurrencia de dar la vuelta al mundo le vino por una comezón interior que le decía que era llegado el trance de poner por obra lo de que el mundo era redondo. Acertó en esto último y también en alcanzar el puerto de Sanlúcar con tan sólo dieciocho tripulantes, incluyéndose él, pero con una carga de quinientos veinticuatro quintales de clavo, cuya venta permitió atender todos los gastos de la expedición y dejar a nuestro favor 346.212 maravedís.

Esto último lo tenía en mucho don Juan Sebastián y era en lo que más insistía, porque parecía que le iba la honra en demostrar que para nada había sido gravoso a la Corona, ni se había quedado con un maravedí que no le correspondiera.

Cuando habla en euskaldún con los suyos, se extiende algo más, pero si lo hace en castellano, lo dicho. Mas como tonto no es y sabe que la gente de curia es de enredar, accede a contestar a lo que le pregunta fray Andrés para armar el memorial que haremos llegar al alcalde Leguizano. Pero siempre recaba mi ayuda, alegando que tengo más memoria que él, de ahí que el novicio, muy travieso, me salude por burla: «¡Aquí viene la memoria de don Juan Sebastián!» Yo todo se lo consiento por el buen trato que me dan y porque me han asegurado que todo lo que cuente, al margen de lo preciso para el memorial, me lo han de pagar, no ellos, sino un señor de la villa muy dado a las historias de navegación, que en el libro que salga figurará como mecenas. Este caballero es el marqués de Montemayor, muy protector de este monasterio, mayormente en lo que atañe a su biblioteca, a la que tiene acceso como si fuera un monje más, y saca y entra los libros que le place.

El marqués también asiste a alguna de las sesiones, siendo muy prudente en el preguntar, aunque cuando lo hace se muestra muy oportuno.

El interés del marqués mucho nos conforta, por ser hombre influyente en la corte, próximo al alcalde Leguizano, y en ese punto todos son parabienes. A mí me trata con deferencia y las puertas de su palacio, muy hermoso y a orilla del Pisuerga, las tengo abiertas, con un aposento que me tiene reservado para cuando no me quedo a dormir en el monasterio. ¡Cuánto regalo, Dios mío, después de lo que tengo pasado! Por nada de este mundo quisiera volver a embarcar y me admira el pío de don Juan Sebastián que sólo sueña en volver a repetir la hazaña. Dice que en esta ocasión con más regalo de naves y mejores disposiciones hacia su persona, pero la mía, digo mi persona, entiende que ya no hay mejor disposición que sentarse junto al fuego cuando hace frío, a la sombra cuando aprieta el calor, y al sol cuando ni lo uno ni lo otro. Todo el frío que me correspondía pasar en este mundo ya lo hube en tierra que llamábamos de la Patagonia, y otro tanto puedo decir del calor por la parte de la isla de Timor.

Capítulo II: Zubileta, natural de Zumaia

Antes de comenzar cada sesión tiene dispuesto fray Andrés que invoquemos la gracia del Espíritu Santo de esta manera: «*Veni, Creator Spiritus, mentes tuorum visita...*», para que el Paráclito ilumine nuestras mentes, mayormente la mía, a fin de que acierte a decir verdad sobre lo acontecido. Aunque fray Andrés está de nuestra parte, su conciencia, que la tiene muy ajustada, no le consiente en nada faltar a la verdad, y si entiende que me dejo llevar por la imaginación le dice al novicio:

—Eso no lo escribáis para el memorial, sino que vaya aparte.

No se coliga por esto que me reproche mis fantasías, pues nos pone como ejemplo las obras de Homero o los relatos sobre el Cid y Roldán u Orlando, que en buena medida son leyenda o fantasía, pero de gran aprovechamiento para nuestro conocimiento de aquellas épocas gloriosas, aunque las tiene en menos que la nuestra, la más gloriosa que vieron los siglos, con el descubrimiento del nuevo mundo gracias a la catolicidad de Su Majestad la reina Isabel de feliz memoria, de cuyo seno brotó la monarquía que está llamada a regir un mundo cristiano, por los siglos de los siglos, amén.

Por conciencia tampoco se muestra muy conforme fray Andrés con las atenciones que tenemos con el alguacil, pero en esto consiente más, y ya sabemos que la primera pregunta que formulará el alcalde Leguizano a don Juan Sebastián dirá así: «Diga cuál fue la causa de la discordia entre Fernando de Magallanes y Juan de Cartagena y los otros capitanes y personas de la armada.»

La respuesta es que este Juan de Cartagena era veedor de la armada, capitán de una de las naos, nombrado por el Emperador «como su conjunta persona (de Magallanes)», de manera que el capitán general nada podía hacer ni disponer sin la anuencia del Juan de Cartagena, pero pronto advertimos que al señor Magallanes se le daba un ardite lo que dijeran los escritos y que una vez en alta mar no estaba dispuesto a admitir autoridad distinta de la suya y ni tan siquiera para la fijación

del rumbo a seguir tomaba en consideración el parecer de los otros capitanes, alguno de ellos más versado en la mar que él.

El primer enfrentamiento grave acaeció frente a las costas de Guinea, uno de los maestros fue prendido por sodomita y el señor Magallanes se disponía a ejecutarlo, lo cual hubiera sido de justicia, pero no lo era por no haber sido oído en juicio. (Más adelante, en tierras de Brasil, el señor Magallanes mandó ejecutar a un paje siciliano, de nombre Antón Salamón, por bujarrón, y ninguno protestamos, bien es cierto que al ser italiano a los de Castilla nos parecía que nos iba menos en ello. Fue la primera baja en una armada que tantas había de tener. Por cierto que el Pigafetta en su famoso diario para nada nombra de esta ejecución, por ser también él italiano, y no quiero decir si por algo más.)

Pero aquel maestre no sólo era español, sino de nuestra costa, de un pueblo que llaman Deva y conocido de don Juan Sebastián que bien sabía de sus aficiones, que poco tenían que ver con las del pecado nefando. Y es llegado el momento de que, pese a mi insignificancia, algo cuente de mi persona por la parte de culpa que me cupo en lo de Guinea, y cómo de todo ello nació la devoción que nuestro hacia don Juan Sebastián, que en aquella ocasión me sacó de un aprieto pues bien me pudo costar la vida.

Como queda dicho nació en Baracaldo, pero mi madre enviudó muy joven y volvió a matrimoniar con un ballenero de Zumaia, de poco fundamento, pues sin atender a mis disposiciones, su único pío era que me hiciera cura, a ser posible de una orden muy severa que había fundado, o andaba por fundar, un sacerdote muy santo nombrado Iñigo de Loyola, por el lugar de su nacimiento, próximo a Zumaia. De éste se sigue hablando mucho, y por las gentes que forman en su Orden, algunas con título de nobleza, se comprende cuán fuera de lugar hubiera estado yo. Pero mi padrastro, muy terne, decía que yo no servía para otra cosa y me puso a aprender con el cura de un pueblo vecino letras y un poco de latín, que de algo me ha aprovechado en la vida.

Este cura, que era muy codicioso de bienes terrenos, y que Dios me perdone este juicio, le decía a mi padrastro que había estado acertado en extremo, y que mi camino no era otro que el del seminario, y que él se cuidaría en hacer de mí un buen sacerdote. Esto lo decía porque siendo mi padrastro patrono de

pesca, con barca propia, no le faltaban caudales para atender a mi mantenencia en casa del cura.

Pasado el tiempo pensé y tengo por cierto que lo hacía por apartarme de mi madre, pues tenía celos de mi persona, y quería que todas las atenciones de su esposa, que era extremadamente hermosa, de buenas carnes y lindo rostro, fueran sólo para él. Mi madre, que bien me quería, sufría con este apartamiento, pero se resignaba, amén de que le parecía de gran provecho el que me hiciera cura.

También tuvo su parte de culpa, que Dios la confunda, una sorgiña con gran fama de curandera, que le auguró al ballenero que no habían de tener más descendencia mientras yo no me saliera de la casa. ¡Qué culpa tendría yo, apenas adolescente, de que pese a la afición que se tenían, y el mucho empeño que ponían en ello, no acertara el ballenero a dejar preñada a mi madre! Y todo eso con gran desdoro para su persona, pues si mi madre había demostrado ser fecunda con mi padre, la falta sólo podía estar de su parte. De ahí que se entregara a la sorgiña en cuerpo y alma, y a sus bebedizos y conjuros, con tal de haber descendencia, y la bruja por sacarle más perras, sabiendo la inquina que me mostraba, le dijo lo de alejarme del hogar, con tan mala fortuna que al poco mi madre quedó preñada, y así quedó mi suerte sellada. Entiéndase mala fortuna para mí, mas no para mi madre, pues hubo una niña muy hermosa que está siendo el báculo de su vejez. Algo podría contar de esta hermana, a la que tanto he tardado en conocer, pero me advierte fray Andrés que no me aparte del relato pues el tiempo apremia y los días pasan presto. En cambio, al novicio Dionisio, que lleva camino de ser humanista (en cambio, no estoy tan cierto de que vaya a perseverar en lo de ser fraile), todo le interesa y cuando me quedo a dormir en el monasterio se viene a mi celda por las noches, faltando a la Regla, para que le siga contando, de manera que yo entiendo que son tres los escritos que están saliendo de su cálamo: el del memorial para el alcalde Leguizano, muy pulido y ajustado en todo a lo que sucedió; otro más extenso, con diversiones que le parecen adecuadas a fray Domingo para el libro que verá la luz, Dios mediante, gracias al mecenazgo del marqués de Montemayor; y un tercero que, por su cuenta y en su condición de humanista, redacta el novicio Dionisio, con estas menudencias.

Digo menudencias para la historia de los reinos de España, mas no para mi persona, pues aquéllos fueron de los años más amargos de mi vida, separado de mi querida madre, viviendo en una casa en la que todo eran miserias por culpa de la codicia de mi principal cuyo único afán era atesorar, tanto los estipendios de las misas, como la manutención que le pagaba mi padrastro, por miedo a la vejez, sin advertir que la vejez ya había llamado a su puerta. Todavía no alcanzo a comprender cómo es que no tomé el tole, camino de las Indias, pues edad tenía para ello, quince años, y otros más jóvenes que yo ya lo habían hecho en aquellas costas. ¿Por qué no lo hice? Porque no era llegada mi hora, ya que Dios tenía dispuesto para mí el que había de tomar parte en la mayor hazaña de navegación de la historia, a cuyo lado la de los Argonautas es cosa de poco.

Y cosa curiosa, a la mar yo no le tenía especial devoción aunque bien la conocía por necesidad, ya que cuando mi huésped me ponía por todo almuerzo sopa de pan, con más agua que pan, no me quedaba otro remedio que hacerme a la mar con un chinchorro para pescar un molusco que allá llamamos chipirón y que yo no lo he visto igual en tantos mares como me ha tocado recorrer. De tamaño es menudo y ahí está su gracia, pues a su cuerpecillo se le ajusta una bolsa repleta de un líquido que parece tinta, pero no lo es, y que le da especial sabor cuando se aprende a guisarlo. Para pescarlo hace falta mucha paciencia y mucho meneo de los sedales a uno y otro lado de la barca para atraer su atención y que piquen. Por contra tiene la ventaja de que no necesita cebo, y que como anzuelo sirve cualquier hierro torcido y afilado por un extremo. Si mi principal no hubiera sido tan roñoso y me hubiera apañado un buen aparejo, también habría podido pescar merluzas, que son animales de mayor aprovechamiento y que también abundan en aquellas costas.

Hambre no acababa de pasar pues siempre había almas caritativas que, conocedoras del mal que padecía mi huésped, se compadecían de mí y me arrimaban algo de puchero, aunque no siempre. Cómo sería este cura (el nombre no lo voy a decir, pues me tiene advertido fray Andrés que para nombrar para mal a las personas, mejor no hacerlo) que ni tan siquiera tenía un ama, como es costumbre en el clero para que cuide de las tareas del hogar mientras él atiende a su sagrado ministerio. Pues él, por no sentar una boca más a la mesa, se lo hacía todo, hasta que le dio un vahído que le dejó una parte de la cara sin

habla, y tuvo que venir una hermana suya de Azcoitia, para cuidarle, y con ella llegó mi felicidad pues en su compañía venía SU hija Marta, que fue para mí como si el sol irrumpiera triunfante después de una noche tenebrosa.

Martichu de edad andaba pareja con la mía, pero así como yo me sentía con las piernas largas y el entendimiento corto, en ella todo era armonía, con partes de su cuerpo muy bien proporcionadas, tras las que se me iban los ojos como no podía ser por menos. Cómo sería esto que al poco de llegar me advirtió su madre:

—A ver dónde miramos, que esa fruta no es para ti.

¿Y a dónde quería que mirase? ¿Al anciano sacerdote, que se pasaba el día en el lecho, con la mirada perdida y el belfo babeante? ¿O a la madre, más bien ceñuda, aunque no digo que no tuviera sus gracias pues aún estaba en edad de merecerlas?

Y la primera de estas gracias fue que al poco de llegar comenzó a hurgar por toda la casa, hasta dar con el escondite de los dineros de su hermano, que yo nunca pude imaginar dónde los tenía, pero aquella mujer sí. Le entró tal alegría que aunque a mí no me quería hacer partícipe del descubrimiento, presto lo advertí porque no podía disimular su contento, y por el buen uso que comenzó a hacer del tesoro. Se acabaron las sopas de pan, los mendrugos, los cardos silvestres, las sardinas en salazón, la leche aguada y los higos secos, y comenzaron a lucir en la mesa las merluzas, los cocidos con mondongo de cerdo, y hasta pierna de cabritillo los domingos.

Con aquella novedad me cambió la vida, y no sólo por la mejora del condumio, sino también por el regalo que suponía la presencia de Martichu. La madre, nombrada doña Justa, que se mostraba recelosa a mi presencia, díjome un día:

—Si ya no ha lugar a que recibas lección de mi señor hermano ¿qué te hace seguir en esta casa?

A lo que respondí que cuando sanase de su mal confiaba volver a tenerlas. Esto lo dije por engaño, pues a la vista estaba que el hombre cada día iba a peor, perdida del todo el habla, e indiferente al destino que se daba a ahorros tan arduamente conseguidos. Y como la mujer me insistiera sobre la oportunidad de mi presencia allá, le recordé que a la vera de su señor hermano me estaba preparando para cura.

—¿Cura, tú? —me replicó con menosprecio—. Se me hace a mí que tienes tú de cura, lo que yo de sirena del mar.

¿Qué es lo que vería en mí para acertar tan de primeras? Entonces le recordé que mi padrastro seguía pagando mi manutención y eso la aquietó por un tiempo.

Un tiempo que fue de gran felicidad para mí, en el que pasé de la pubertad a la virilidad con gran soltura. Aquellas piernas, que tanto me preocupaban por su desmesurada largura, se fortalecieron gracias a los tocinos que nos guisaba la doña, y en un desafío de korrikolaris, quedé de los mejores, y de mi edad el mejor de todos. Para el chinchorro del señor cura compramos una vela latina, más el correspondiente aparejo, con lo cual ya podíamos salir a la merluza, de todos los pescados el más apreciado en nuestra tierra.

Pero con ser mucho lo que ganó mi cuerpo, que antes lo traía enteco como no podía por menos alimentándolo de miserias, no se le quedó a la zaga el entendimiento, que es virtud del alma y el Señor se mostró generoso en ese punto. Que yo estaba loco por la Martichu queda sobrentendido por lo dicho, pero nunca pude imaginar que pudiera haber correspondencia. Cuando la madre me miraba de reojo y me decía que aquella fruta no era para mí, me parecía de razón, pues me la imaginaba destinada, cuando menos, a un armador de pesca de los que subían hasta los mares del norte a la caza de la ballena. De ahí mi asombro cuando caí en la cuenta de que no sólo no rehuía mi compañía, sino que la buscaba y decía de mí que era muy festivo y muy ingenioso en el decir; a lo primero me miraba como lo hace una mujer a quien es más chico, pero luego no tanto. Debía de andar, yo, por los dieciséis o diecisiete años, o quién sabe si no habría alcanzado los dieciocho, eso nunca lo he sabido de fijo, digo mi edad, pues los que no somos de linaje no es costumbre que se registre nuestro nacimiento, aunque no por eso dejamos de ser cristianos bautizados.

Pero como el oído lo tenía bien fino, pronto advertí que algunas mujeres, que por su edad se lo podían permitir, comentaban que me estaba convirtiendo en un buen mozo, lo que mucho me halagaba, pero no hasta el extremo de concebir ilusiones cerca de la Martichu; éstas empezaron a tomar cuerpo de manera que es como para reír.

Tanto ella como su madre, de limpias no podían ser más, incluso para su cuerpo se hicieron con una tinaja en la que se bañaban en una habitación muy recogida; los demás no teníamos esa costumbre, si acaso cuando llegaba el calor nos bañábamos en la mar. Para la casa mostraban más afán aún y a las pocas semanas de su llegada lucía toda ella como para no conocerla. Quemamos muebles viejos que más parecían astillas, y el carpintero del pueblo los hizo nuevos. En estos quehaceres yo les ayudaba, sobre todo cuando había que hacer fuerzas, y también en lo de pintar muros y paredes, y en los trabajos de la huerta. La doña, como me veía tan aplicado, comenzó a mirarme con mejores ojos por la cuenta que le traía, aunque uno de los días cuidó de advertirme:

—Cuando hayamos terminado con estos arreglos a ver qué piensas hacer, porque mi señor hermano ya no está para más lección que la de presentarse ante Nuestro Señor Jesucristo de aquí a poco.

En esto último llevaba razón porque el anciano sacerdote se apagaba como el pabilo de una vela cuando se ha consumido la cera; yo, para salir del paso, le contesté con gran decisión que estaba esperando noticias de un noviciado que se decía que iban a fundar los jesuitas, no lejos de allí, para entrar en él. Siempre he tenido gran soltura para esta clase de mentiras, que Dios me perdone, procurando decirlas de manera que no hagan daño a nadie.

El caso es que uno de los días que no estaba la doña en la casa, la Martichu se empinó a una escalera de mano para quitar unas telarañas en un sótano muy fresco, que servía de bodega; entré en él, con buena intención, en busca de unas manzanas con las que hacíamos sidra, pero la Martichu no me oyó y se encontró con mi persona sujetándole la escalera, con mejor intención todavía por ser vieja y desvencijada y temer que se pudiera caer. Para estas faenas tanto la madre como la hija se cubrían con unos blusones negros, algo recogidos por los bajos de manera que poniendo atención se les podían ver los tobillos. Y mi enamorada, sorprendida por mi presencia y proximidad al pie de la escalera, entendió que pretendía fisgar en sus intimidades, y de ahí pasar a mayores, y de un brinco saltó al suelo y, sin mediar palabra, me golpeó en el rostro.

Esto no era nuevo en las costumbres de nuestra tierra y se tenía en gran estima que las doncellas supieran defenderse de

quienes atentaban a su honestidad, sobre todo en los festejos en los que corría el vino y los marineros se mostraban atrevidos. También era habitual que las novias golpeasen a los novios impacientes, pero esto se tenía más bien como una muestra de amor. Mas en aquella oportunidad, semejante golpe estaba fuera de lugar, mayormente atendido el rigor que puso en él, y conviene aclarar lo siguiente: como queda dicho, Marta era toda una mujer muy bien hecha, y formaba parte de esa hechura una fortaleza poco común, incluso para un pueblo famoso por la fortaleza de sus mujeres. De estatura era un poco más baja que yo, no mucho, las carnes las tenía bien ajustadas, como corresponde a una doncella, y los brazos muy largos. Y con uno de ellos me golpeó cerrando el puño, con tal vigor que caí rodando por los suelos con tan mala fortuna que me di con la cabeza contra un escalón, quedándome transido. Cuando volví en mí, y me encontré frente al rostro lleno de pavor de mi enamorada, le increpé dolorido:

—¿Qué te he hecho yo, para que así me trates?

Luego me confesó que por el modo de preguntar advirtió que no había habido torpeza alguna por mi parte, sino por la suya y, de avergonzada que estaba, no le salían palabras de su boca. Pero como la sangre corría abundante por una brecha que me hice en la frente, se aplicó a cortar la hemorragia, primero con musgo del huerto sobre un paño empapado en agua, y luego me lo cosió con el sedal del que nos servimos para pescar. Con ser todo ello tan doloroso, a mí me parecían dulzuras sintiéndola tan cerca de mí, con ese olor a manzana que se desprendía de su ropa, y sus manos tan vigorosas al tiempo que tiernas, hurgándome en los entornos de la brecha. Cuando la sangre quedó restañada, me reprendió:

—¡Menudo susto me has dado! ¿Por qué entras sin hacer ruido?

Y sin más palabras se echó a llorar y luego me pidió perdón.

Al otro día, a espaldas de su madre salió conmigo a la mar. En lo de engañar a su madre, diciéndole que iba a un sitio para luego ir a otro, también se daba muy buena maña. Y así comenzaron nuestros amores, muy limpios, pero no por eso menos encendidos.

Aquella mar tiene una belleza para navegar por ella como no la he encontrado en ninguna otra parte del mundo, salvadas las de la costa de Verzin¹, y no en toda su extensión. Estas nuestras son muy profundas y sus olas, aunque bravas, más armoniosas y nobles que las de otras partes, sin arrecifes traidores. Primero salíamos a remo y ya fuera de la bocana tendíamos la vela y la Martichu se quedaba transida de la emoción, porque lo suyo por la mar y por todo lo que fuera aventura era locura. Yo, como queda dicho, salía a la mar para aprovecharme de sus frutos, pero si me los hubieran puesto a la puerta de mi casa, no se me hubiera ocurrido. Y después de lo que tengo pasado, menos aún. Pero mi enamorada amaba el mar y se deleitaba con él; si era el amanecer, no se cansaba de dar gracias a Dios por la belleza del sol asomando a nuestras espaldas, y no digamos al atardecer cuando se celaba tras del horizonte. Si el tiempo era calmo y lucía el sol, se quedaba adormecida apoyada sobre el bauprés, dándosele poco de que se le atezara el rostro en contra de lo que es costumbre en las doncellas, que gustan de traerlo bien claro. Y si venía tormenta se encendía de entusiasmo y ofrecía su cara al viento y a las olas, y también daba gracias a Dios porque era muy religiosa y en todo veía su mano providencial. Y cuando la mar se embravecía por sorpresa, era la primera en achicar aguas y tirar de remo con un vigor que bien conocía yo, después de lo sucedido en la bodega.

Otra sonada fue cuando se empeñó en que había de enseñarle a nadar, cosa nunca vista en una mujer, que pescadores hay, de los que se pasan la vida en la mar, y no por eso lo consideran necesario, aunque tales se equivocan y en la hazaña de circunnavegar el mundo, más de uno dejó la vida por no saber bracear.

Todo empezó porque siendo muy pulcra para su persona, díjome un día:

—Se me figura, Zubi, que no hueles bien. ¿Es que acaso no haces buenas migas con el agua?

Quedéme sorprendido porque era de los que cuidaba de ponerme ropa limpia, a lo menos a la quincena, pero bastó que el reproche viniera de su boca para que sin más me quitara la camisa y allí mismo me echara al agua. Esto sucedía en tiempo de verano, en una cala muy recogida buena para la pesca del

1 Brasil.

chipirón. Verme bracear con soltura en aquellas aguas tan azules y olorosas, le causó gran admiración y díjome que ella quería hacer otro tanto. ¡Los apuros que pasamos para conseguirlo!

Cierto que se tuvo que quitar el vestido, pero se quedó con la saya que le cubría lo mismo que el ropón, y aun así me decía que no mirase, y quería que le explicara lo que había de hacer para flotar, estando yo de espaldas. Esto lo tentábamos en una playita tan metida entre rocas, que nadie era a vernos, pero cuando llegó el momento en que por fuerza había de sujetarla para que no se hundiera, había de hacerlo de manera que apenas le tocase el cuerpo, y una vez que entendió que se lo palpé con intención, me golpeó con no menos fuerza que el día de la bodega. No se entienda por eso que todo eran violencias entre nosotros, muy por el contrario eran más las risas, mayormente de su parte puesto que todo cuanto saliera de mi boca le hacía reír, y por esos decires era por lo que se había quedado prendada. De esto ya no teníamos dudas, aunque le parecía muy bien que siguiera fingiendo que iba para cura, a fin de que su madre no recelara. ¿Y por qué su madre no recelaba de lo que ante sus ojos sucedía? ¿Y por qué no se admiraba de que su hija pasara tanto tiempo en la mar, pese a la maña que se daba en engañarla? ¿Y por qué no se extrañaba de que mostrara el rostro tan atezado, más propio de un marinero que de una doncella? Por un mal que padecía la cuitada, muy vergonzoso en una mujer: se daba a la flor del berro con la bebida, aunque yo tardé en apercibirme de este mal, por el cuidado que ponía en disimularlo. Y la Martichu tampoco gustaba de hablar de ello, y hasta echaba a broma el que tomara un poco de licor, decía que por mejor hacer la digestión.

Pero no sólo era licor, sino cualquier bebida que hubiera en la casa, y no digamos la sidra del lagar, que yo no daba abasto para macerar tantas manzanas como precisábamos para satisfacer su vicio.

Esto le hacía mantenerse con un aire muy digno, erguida, y si daba un traspiés decía que era porque tenía un mal en la cadera. A pesar de todo sabía estar y conversar, y aplicarse en las limpiezas a las que tan dada era, y administrar con tino los dineros de su hermano, pero en ocasiones se quedaba traspuesta, sobre todo después de los almuerzos, durante horas, que era cuando aprovechábamos para nuestras escapadas. Y no digamos ya por las noches, que se le iban en un suspirar y beber.

Luego, pasado el tiempo, me confesó la Martichu que con este mal comenzó al quedarse viuda; esto de quedarse viuda es desgracia muy frecuente en nuestras costas, bien a causa de los naufragios o las guerras, o porque los hombres son, de suyo, propicios a vivir menos, mas lo que no es tan frecuente es que por ello se den a la bebida sus viudas. Pero en la doña se dio así y no por eso habíamos de faltarle al respeto, y la Martichu bien que se esmeraba ante extraños en disimular esta vergüenza, aunque también se aprovechaba con ese candor tan suyo, que cuando hacía el mal no caía en la cuenta de su malicia.

Cuando una noche de agosto, la de la luna llena, díjome que quería verla rielar en la alta mar, hasta yo mismo me asusté pues nunca se había visto que una doncella navegara a solas con su enamorado en noche de luna llena. Se me puso un nudo en la garganta y me entró un temblor grande por todo el cuerpo, pero nada dije y me apresté a obedecer, haciéndome de paso con un aparejo para el bonito que es bueno de pescar en las noches claras.

Nunca olvidaré aquella noche por las cosas tan sentidas que nos dijimos. Cuando se presentó en el acantilado en el que yo acostumbraba a recogerla para no ser vistos, de primeras no acerté a conocerla pues en todo parecía un grumete, con su pelo tan hermoso recogido bajo el gorro, y con unas calzas de marinero, que la hacían muy graciosa. Esa noche díjome que a ella le hubiera gustado nacer hombre, pero no se entienda por eso que era marimacho o de inclinaciones torcidas, sino que amaba tanto la mar y la aventura que lamentaba ser mujer porque para ellas tales placeres están vedados.

—En tal caso —le dije por broma— tendría que convertirme yo en mujer para que nuestro amor prosperase.

Esta salida le dio de reír y díjome que por ese amor se resignaba a seguir siendo mujer, pero que yo no haría mala figura como dama, por mi linda cara. Estas cosas nos decíamos y de ahí no pasábamos, con gran admiración del novicio Dionisio, que al llegar a este punto del relato dice que no es de creer que con tanta libertad no pasáramos a mayores, y hasta trae a colación citas de Padres de la Iglesia que se muestran muy contrarios a tales licencias.

—Licencias son —admite fray Andrés—, no siempre recomendables, pero toda regla tiene su excepción, y está claro que

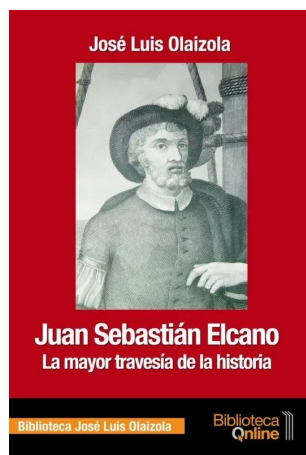
en tanto tenía Marta su honestidad, que a nuestro buen amigo no se le pasó por mientes atentar contra ella.

Es decir, que dan por cierto que todo el mérito era de mi enamorada, sin mirar a que yo también ponía de mi parte encomendándome a una Virgen de la que somos muy devotos en la costa, para no hacer nada que pudiera disgustarla. Digo ni a la Martichu, ni tampoco a Nuestra Señora, porque la gente de mar por muy arrastrados que seamos, nos mostramos devotos de la Virgen por la cuenta que nos trae.

Aclaro que a los comienzos para nada quería saber fray Andrés de tales digresiones que no hacen al caso, pero luego se ha ido aficionando a ellas por mor de que nuestros sucesores sepan de estas costumbres y amoríos. Con lo cual Dionisio no tiene que tomar esta relación a escondidas, y eso que ganamos en diligencia porque fray Domingo sabe enhebrar mejor el relato, y al llegar a este punto, corta:

—Queda manifiesto el gran amor que os teníais, y no es cuestión de insistir en ello, sino de volver a don Juan Sebastián, sobre cómo lo conocisteis, y la parte que os toca en los des-
acuerdos que hubisteis con el señor Magallanes.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer los dos primeros capítulos de *Juan Sebastián Elcano. La mayor travesía de la historia*, de José Luis Olaizola, contados por Mateo Zubileta, tripulante de Magallanes. El libro completo tiene 15 capítulos, un epílogo y un apólogo, y sigue a Elcano desde Sevilla hasta la vuelta al mundo.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/juan-sebastian-elcano-la-mayor-travesia-de-la-historia

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **El memorándum y los orígenes.** El memorándum de Valladolid, Zubileta, natural de Zumaia, don Domingo Elcano y Juan Sebastián Elcano como maestre en Sevilla.
- **La escuadra de Magallanes.** Los preparativos y la primera parte del viaje, el rumbo a la Patagonia, el motín del puerto de San Julián y la justicia del señor Magallanes.
- **Del estrecho al Pacífico.** Los amores y desamores de Elcano, el estrecho de Magallanes, el océano Pacífico y la isla de los Ladrones.
- **Mactán, las Molucas y la vuelta al mundo.** Las tragedias de Mactán y Cebú, las Molucas, la gran travesía de regreso, el epílogo y el apólogo.

Con bibliografía al final del libro.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-15998-95-2



Escanea para comprar